

TODOS LOS SANTOS:

Mucho más que una fiesta

Solemnidad de Todos los Santos, que están con Cristo en la gloria. En el gozo único de esta festividad, la Iglesia Santa, todavía peregrina en la tierra, celebra la memoria de aquellos cuya compañía alegra los cielos, recibiendo así el estímulo de su ejemplo, la dicha de su patrocinio y, un día, la corona del triunfo en la visión eterna de la divina Majestad.



Así anuncian los elogios propios del 1 de noviembre del Martirologio Romano la Fiesta de Todos los Santos. El avance de tradiciones ajenas a nuestra cultura y propias de otras latitudes, a veces mezclado con reclamaciones identitarias un tanto nostálgicas, ha hecho que se despierte el deseo de celebrarla y profundizar en el significado de esta fiesta. Nada como perder algo, o estar a punto de sufrir la pérdida, para darnos cuenta de la riqueza que, quizá ignorada o dada por supuesta algún tiempo, están a punto de arrebatarlos.

Frente a las celebraciones de la, aunque de origen cristiano, paganizada fiesta de Halloween en los colegios, introducidas de manera inocente por la puerta trasera de las clases de inglés, se presentan desde hace

unos años y, haciendo también un juego de palabras en la lengua de Shakespeare, alternativas más propias de nuestra fe y nuestra cultura: *Holywins*, la santidad vence. Pero no se trata de reaccionar ante lo que parece que no tiene competidor, sino que esta respuesta sea una oportunidad para conocer mejor qué implica celebrar no a un santo o santa concretos, sino la santidad en sí misma.

Cuatro son los puntos que pueden verse reforzados en la vivencia de la fe profundizando en lo que supone la celebración de esta fiesta: mayor conocimiento de la historia de la Iglesia, renovación de la convicción de la fe y la santidad como un don de Dios, la universalidad y diversidad de la santidad y, por último, el fortalecimiento de los vínculos comunitarios.



TODOS LOS SANTOS Y LA HISTORIA

En un mundo desmemoriado, la Fiesta de Todos los Santos nos ayuda a conocer mejor la historia de la Iglesia, necesariamente vinculada a la historia del mundo. Esta virtualidad de la fiesta se bifurca en dos direcciones. La solemnidad tiene su origen en el siglo IV, cuando se empezó a celebrar la conmemoración de los mártires común a varias Iglesias. En alguna homilía de san Juan Crisóstomo se encuentran alusiones a su celebración el domingo posterior a Pentecostés en Antioquía. Los siglos VIII y IX contemplan la extensión de la fiesta por Europa. Finalmente, el papa Gregorio III (731-741) eligió la fecha del 1 de noviembre para hacerla coincidir con la consagración de una capilla en san Pedro dedicada a las reliquias «de los Santos Apóstoles y de todos los santos mártires y confesores, y de todos los justos hechos perfectos que descansan en paz en todo el mundo». Estos son los orígenes de la fiesta en sí misma, pero, además, celebrar la santidad nos hace caer en la cuenta de que cada periodo de la historia, desde que se abiera paso en el mundo la fe cristiana, ha estado coloreado por la santidad. No hay historia universal sin las historias concretas de hombres y mujeres anónimos, no hay historia de la Iglesia sin las historias de hombres y mujeres que, queriendo ser anónimos, han dejado sus nombres como hitos que señalan la presencia misteriosa de Dios en el mundo. Así nos lo dice el papa Francisco en su Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual:

«Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más hu-

mildes miembros de ese pueblo que “participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad” (LG 12). Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: “En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado”» (*Vida escondida y epifanía*, en Obras Completas V, Burgos 2007, 637).

TODOS LOS SANTOS Y LA GRACIA

El segundo pilar que puede reforzar la celebración de la Fiesta de Todos los Santos es la convicción de que la fe y la santidad son un don de Dios. Frente a una cultura en la que todo es fruto de nuestro esfuerzo, celebrar la santidad nos ayuda a recuperar la convicción de que lo más importante de nuestra vida no suele ser producto de nuestro empeño o de que al menos hay una desproporción inmensa entre nuestros afanes y su resultado. Pero esto no es una invitación a desentendernos de lo que hacemos con nuestra vida. La Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, del Concilio Vaticano II nos dice que «todos los fieles, de cualquier estado o





condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena» (LG 40). La santidad es, por tanto, el fruto de una llamada que madura por la respuesta en libertad del hombre dentro de unas coordenadas temporales, sociales y culturales concretas. Frente a la cultura del esfuerzo en la que todo lo consigo por mis propias fuerzas y como recompensa directa a los méritos propios, la santidad nos anima a hacernos cargo de la realidad en la que vivimos desde lo que somos y tenemos aquí y ahora.

Decía el Beato Carlo Acutis (próximamente será canonizado, probablemente durante la celebración del Jubileo de 2025) que «todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias». La celebración de la Fiesta de Todos los Santos nos hace caer en la cuenta de la diversidad de personas que, como santos canonizados, podemos decir que gozan ya de la presencia del Señor. Frente a un mundo que paradójicamente invita a la diversidad uniformando en colectivos y poniendo etiquetas, la santidad nos acerca a un número casi incontable de personas que, cada una con sus historias,

Frente a una cultura en la que todo es fruto de nuestro esfuerzo, celebrar la santidad nos ayuda a recuperar la convicción de que lo más importante de nuestra vida no suele ser producto de nuestro empeño o de que al menos hay una desproporción inmensa entre nuestros afanes y su resultado.

sus características personales y sus limitaciones, han caminado en lo que descubrieron que era la voluntad de Dios para sus vidas. Aunque el modelo de todos los santos es uno, Jesucristo, la manera de vivir según su enseñanza encuentra en la historia una manera diferente para cada situación existencial que han atravesado «los mejores miembros de la Iglesia» (Prefacio propio de la Solemnidad). San Ignacio, durante su convalecencia en la Casa Torre de Loyola, al leer la biografía de los grandes santos de la Iglesia quiso en un primer momento imitar al pie de la letra lo que estas magnas figuras habían

hecho. Poco a poco, y no sin sufrimiento, fue capaz de comprender que no se trataba de imitar a estos hombres que la Iglesia propone como ejemplos sino de, animado por sus historias, ir encontrando los caminos por los que Dios quería conducirlo. La santidad, aunque en los niños se reivindique caracterizándose como los grandes santos de la Iglesia (*Holywins*), no es un camino de mera imitación, sino de descubrimiento de la voluntad de Dios para la vida de cada uno. De ahí que el Papa Francisco, en el documento anteriormente citado dedique casi un capítulo al discernimiento. Esta



capacidad espiritual, fruto del Espíritu Santo, necesita de la oración y se refuerza con la lectura, la reflexión y el buen consejo (GE 166). Tan ridículo es tratar de imitar externamente a una persona que ha vivido en otra época o lugar su fe, como triste pasar la vida sin asumir el tiempo que nos ha tocado vivir porque como les dice San Pablo a los Corintios «ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación» (2 Cor 6, 2). La universal llamada a la santidad no tiene como resultado un cuadro monocolor, sino un paisaje lleno de diferentes tonos y matices.

«Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él» (GE 11).

TODOS LOS SANTOS Y LA COMUNIDAD

Por último, frente a un mundo individualista y que va generando personas solitarias y desvinculadas de sus raíces y de la comunidad, la celebración de la Fiesta de Todos los Santos nos hace caer en la cuenta de que, igual que no hay ni fe ni santidad sin don, tampoco las hay sin referencia a una comunidad y a un pueblo. Así lo afirma de nuevo *Lumen gentium*: «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9). Así lo recoge el papa Francisco en *Gaudete et exsultate* y continúa afirmando él mismo:

«El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin perte-

nencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo».

Este acento continuo del papa Francisco es novedad por lo recurrente del argumento, no por el contenido. La fe bíblica es la fe de un pueblo, el pueblo de Israel. La historia del cristianismo es la historia de un pueblo, la Iglesia. Cada santo lo es por la manera de vivir también una de las dimensiones constitutivas del ser humano: la dimensión relacional. La gran categorización de los santos los divide en mártires, hombres y mujeres que dieron a los demás cristianos testimonio hasta el final de su fe, y confesores, hombres y mujeres de todos los estados de vida posibles en la Iglesia que se entregaron de maneras muy diferentes a los demás. El testimonio de unos y de otros no son más que, como nos dice el prefacio segundo de los santos, «pruebas evidentes de tu amor». Un amor que no está libre de vínculos, sino que se pone por obra entre aquellos con quienes se vive.

Celebrar la santidad no es recordar historias bonitas o heroicas del pasado, sino pedir a Dios «espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo» (Ef 1, 17-20). Ojalá la celebración de esta fiesta nos ayude a tener memoria agradecida, abriéndonos al don de Dios y a responder de manera personal a su invitación sabiéndonos parte de un pueblo.

El testamento solidario de MENSAJEROS DE LA PAZ

Mensajeros de la Paz ha destacado que el testamento solidario, es decir, aquella herencia o legado que se deja en favor de una ONG, se ha convertido en una «herramienta vital» para que las organizaciones puedan seguir desarrollando sus proyectos. Según ha explicado la ONG, esta acción solidaria, «aunque poco conocida, resulta fundamental para la continuidad de los proyectos sociales que transforman vidas». «Desde Mensajeros de la Paz, creemos que el testamento solidario ofrece una oportunidad única para que cualquier persona, independientemente de sus posibilidades económicas, pueda ser parte del cambio. Con tan solo un pequeño porcentaje de su herencia, es posible colaborar con causas tan esenciales como la protección de la infancia, el apoyo a personas mayores en situación de soledad, la inclusión social y la educación», ha precisado la ONG. En concreto, ha destacado que, «gracias a la generosidad» de aquellos que han decidido incluirles en su última voluntad, han podido «financiar nuevos hogares para niños y niñas en situación de vulnerabilidad y promover la integración de colectivos desfavorecidos». Además, ha recordado que realizar un testamento solidario es un proceso «sencillo y accesible», que «no afecta a los herederos legítimos» y «puede ajustarse a las necesidades y deseos de cada persona, sin importar la magnitud del legado».



Bicicletas para mejorar la EDUCACIÓN EN UGANDA

Gracias a la colaboración entre World Bicycle Relief y el JRS, más de 300 estudiantes ugandeses han recibido una bicicleta. El objetivo de esta iniciativa es proporcionar bicicletas a jóvenes de ambos sexos, tanto de las comunidades locales como de las refugiadas, para hacer frente a los obstáculos relacionados con la distancia de las escuelas para acceder a la educación secundaria.

Las bicicletas mejoran la seguridad de los jóvenes que recorren largas distancias entre sus hogares y las escuelas. También facilitan que las niñas lleguen antes a la escuela por la mañana y tengan más tiempo para hacer



los deberes por la tarde. Esta cuestión es crítica, porque las niñas cargan desproporcionadamente con las tareas domésticas. A menudo, se espera de ellas que, antes de asistir a la escuela y por las tardes, se encarguen de tareas como cocinar, limpiar, recoger leña o agua y cuidar de sus hermanos pequeños o parientes ancianos. Estas responsabilidades hacen difícil compaginar los largos desplazamientos con los estudios.

El número de niñas que participan en el proyecto ha aumentado. Más de 180 jóvenes utilizan ahora sus bicicletas para desplazarse a diario, desafiando las normas de género y las creencias tradicionales, incluida la noción profundamente arraigada de que montar en bicicleta «rompe la virginidad».

Según Agnes Asiimwe, Directora de Proyectos del JRS Adjumani, «con cada pedalada, las bicicletas

Buffalo allanan el camino hacia un futuro más brillante e incluso para estas jóvenes estudiantes, inculcándoles la creencia de que la educación puede trascender fronteras y adversidades».

110ª Jornada Mundial del MIGRANTE Y DEL REFUGIADO

En la 110ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, el papa Francisco nos invitó a tomar de la mano a nuestros hermanos y hermanas más vulnerables y caminar con ellos.

Esta Jornada tuvo su origen en el año 1914, cuando el papa Pío X, faltando pocos meses para el estallido de la Primera Guerra Mundial, y viendo como tantas perso-



nas habían emigrado de Italia en busca de mejores oportunidades de vida, invitó a la comunidad cristiana a orar por los migrantes.

La Jornada es una ocasión excelente para recordar que todos nosotros somos migrantes en esta tierra. Los migrantes son un icono contemporáneo de este pueblo en camino hacia la «verdadera Patria».

«Unámonos en oración por todos aquellos que han tenido que abandonar su tierra en busca de condiciones de vida dignas. Sintámonos en camino junto con ellos, hagamos juntos "sínodo"», ha invitado Francisco.

ENERGÍA SOLAR sin enchufe para 400 millones de personas sin luz

En el mundo, alrededor de 685 millones de personas viven sin electricidad. En 2030 rondará los 660 millones, según un informe del Programa de Asistencia a la Gestión del Sector Energético del Banco Mundial y la asociación sectorial GOGLA., que concluye que la forma más rentable de electrificar al 41 % de esa población (400 millones de personas) son los aparatos solares «sin enchufe».

La energía solar fuera de la red engloba sistemas de generación de energía basada en paneles fotovoltaicos que no están conectados a una red eléctrica pública y que, por tanto, funcionan independientemente. Equipados de baterías, pueden almacenar la energía generada y consumirla aun cuando no hay luz solar, sin depender de una compañía eléctrica.

Los expertos advierten de que garantizar el acceso universal a la electricidad mediante la energía solar fuera de la red en 2030 requeriría multiplicar por 6 los actuales niveles de inversión, hasta 21.000 millones de dólares, para electrificar a los 398 millones de personas que estarían conectadas de manera más eficiente de esa manera.

La energía solar fuera de la red desempeñará un papel fundamental para llegar a los hogares, así como para acelerar el acceso a la electricidad para empresas, escuelas y centros de salud, desbloqueando el desarrollo en todos los sectores.

